

BIBLIOTECA SELECTA

La pícara vanidad



21

RAMÓN SOPENA
PROVENZA 95 BARCELONA

H. C. - 1 his
64



00040639

APROBACIÓN ECLESIASTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

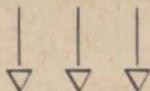
NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTÍN MAS FOLCH

Barcelona, 25 de febrero de 1918
IMPRIMASE

EL VICARIO GENERAL,
JUSTINO GUITART

POR MANDATO DE SU SRÍA.,
RAMÓN M.^a FERRÁN
Vice Canc.

BIBLIOTECA SELECTA



LA
PÍCARA VANIDAD

29.129

116X160



BARCELONA

RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93 A 97



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Derechos reservados.

LA PÍCARA VANIDAD

I

—¿ Me conoces ?

—No, máscara.

—Lo siento por ti.

—Es claro : por mí debes sentirlo porque sería más afortunado conociéndote.

—Y más listo.

—En verdad que soy torpe. Ahora me has hablado en tu voz natural y sigo sin imaginar, ni remotamente, quién puedas ser.

La máscara que hablaba con Enrique Nogueras soltó una carcajada. Se reía porque, aunque se hubiese descubierto el rostro, Enrique seguiría sin conocerla.

Pues ha de saberse que Enrique Noguerras era un joven modesto, empleado en las oficinas de una casa de banca y que se hallaba en un baile de alta sociedad, azorado, sin saber qué hacer, sin conocer a nadie, ni de los disfrazados ni de los que iban en su traje corriente.

Se comprenderá que Enrique, en semejante situación, no estaba haciendo un gran papel. Lo que no se comprenderá es cómo, por qué se hallaba Enrique en aquellos lujosos salones que nunca había soñado pisar. Y esto es lo que primeramente debe saber el amable lector para entrar en el conocimiento de esta historia con los antecedentes necesarios.

Enrique Noguerras había recibido una invitación para el baile de máscaras que se celebraba aquella noche en la casa de los duques del Alamillo. El no conocía a los duques del Alamillo más que por oírlos nombrar como una de las familias más ricas y linajudas. La invitación tenía que causarle, pues, gran sorpresa. En un principio pensó que por error la habían llevado a su casa, que habría en la alta socie-

dad algún otro Enrique Noguerras. Pero fijándose en el sobre vió que era para él, para Enrique Noguerras Gómez, tenedor de libros.

«Adelante—pensó Enrique—, iremos a ese baile esta noche.»

Había para ello un grave inconveniente : Enrique no tenía traje de frac. Consultó el caso con un compañero de oficina que lo llevó a una casa de préstamos en donde se alquilaban trajes de etiqueta. Allí Enrique se puso el que menos mal le estaba, y sin pensarlo más, fué al baile.

Y en el baile estaba, sin conocer a nadie, sin que nadie le hiciera caso, turbado por la magnificencia de la mansión, hecho, en fin, un papanatas.

La máscara que le había hablado, le preguntó :

—¿ Tú eres Enrique Noguerras ?

—El mismo soy. Tú tampoco me conocías.

—No, y necesitaba conocerte.

—Pues yo soy.

—¿ Te diviertes ?

—Ya ves, como un palomino atontado.

No sé a qué he venido. Me voy a marchar.

—No te marches. Espera.

Escapó la máscara y Enrique se quedó como quien ve visiones.

No era Enrique uno de estos muchachos presuntuosos que en seguida se creen héroes de aventura. Otro en su lugar hubiera pensado que siendo, en verdad, muy raro y novelesco lo que le sucedía, raro y novelesco habría de ser lo que después viniese. Pero Enrique, sin echar a volar la fantasía, se limitó a esperar como la máscara le había indicado.

Unos minutos después se le acercaba una bella joven en disfraz de gitana, sin antifaz.

—¿Te la digo, resalao?

—Aunque imite usted bien el acento de las gitanas, tan gitana es usted como yo.

—Hable más bajo.

—¿Por qué?

—Nos espían.

—¡Ah!

Entonces reparó Enrique en un caballero que, no lejos de él, hablaba con una máscara. Este caballero, al ver que la fin-

gida gitana se acercaba a Enrique, no pudo reprimir un ademán de extrañeza.

—Pero, criatura — le dijo la señorita aquella, que una señorita era, en efecto—, ¿a quién se le ocurre venir de frac?

—Pues, ¿cómo había de venir?

—¡De máscara, hombre!

—¡Ah!

—¿Va usted a hacer lo que yo le diga?

—Desde luego. Con mucho gusto.

—Pues, váyase, busque un dominó negro y vuelva.

Una vez aquí de nuevo, como de máscara es permitido acercarse a cualquiera, usted



...al ver que la fingida gitana se acercaba a Enrique, no pudo reprimir un ademán de extrañeza.

busca por los salones a Silvia Jiménez, ¿la recuerda usted?

—¡No! Espere usted. Una señorita a quien yo avisé en la calle porque la iba a atropellar un auto y que me dió las gracias y se me ofreció mucho... me parece que se llamaba así : Silvia.

—Una señorita a quien usted heroicamente salvó la vida exponiéndose a perder la suya.

—¡Oh, nada de eso!

—Sí, sí. Ella iba distraída ; el automóvil torció la esquina velozmente, y sin el arrojo y la ligereza de usted, la cosa no hubiese tenido remedio. Pues bien : usted se acercará a Silvia y la dará broma...

—Acercarme, bueno ; pero darla broma...

—No sea tan corto de genio. La cuestión es que pase usted inadvertido, como uno de tantos jóvenes de nuestra sociedad. Y ande, ande pronto, que estamos llamando la atención.

«¡ Adelante !» — volvió a pensar Enrique—. «Dejémosnos llevar por los acontecimientos.»

Salió de aquel palacio y fué en busca de un dominó negro. Esto fué más fácil de encontrar, pues, en épocas de carnaval, las casas de alquiler de disfraces abundan mucho. Aunque lucir aquel traje de frac le costaba una cantidad respetable para sus modestos medios, no vaciló en sacrificar otros dos duros para provistarse de un magnífico capuchón de raso que brillaba y crujía aparatosamente.

Así enmascarado volvió a la fiesta. La primera parte de la consigna estaba cumplida. ¿Cómo se acercaba él a Silvia Jiménez? ¿Qué la diría?

¿Y si se trataba de una broma de mal género? La máscara que le habló primero era la misma persona que, vestida de gitana, le habló después. Esto no ofrecía duda, pues Enrique estaba bien seguro de que era la misma su voz. Podía muy bien tratarse de una estratagema para ponerle en ridículo y divertirse con él; querrían que hiciese alguna tontería de que reírse. Habrían pensado: «Vamos a invitar a ese tenedorcillo de libros, le haremos creer que es el sujeto principal de una aventu-

ra amorosa y, si cae en el lazo, dirá y hará mil majaderías.»

¡ No, señor ! Enrique Noguerras no sería ese mamarracho que ellas se figuraban...

Pero, ¿ era de esperar que una señorita tan linda, tan simpática como aquella Silvia, fuese a pagarle así, con una burla, su acción de salvarla de morir aplastada ? Desde luego eso era absurdo, inadmisibile.

Mas, ¿ y si Silvia no estaba en la trama y él se acercaba a ella ? ¿ No consistiría en esto precisamente la añagaza ?

¡ Vaya, vaya ! Lo mejor era irse de allí y dejarse de cuentos. Sin embargo, sin embargo... se le presentaba una ocasión de volver a hablar con Silvia... Desde que mediaron entre ellos breves palabras de gratitud por parte de ella, de excusas por parte de él, Enrique no había podido olvidar aquella voz tan dulce, aquellos ojos tan bellos... ¡ No los podía olvidar ! Y había pensado muchas veces :

« ¡ Oh, Dios mío ! ¡ Si a mí me quisiera una mujer así ! »

En último término, con la cara cubier-



...con el pretexto de recoger uno de sus rizos ante el espejo que sobre la chimenea había, Silvia, la propia Silvia, viene junto a Enrique. (Pág. 15.)

ta, ¡qué le importaba acercarse a Silvia? La diría todas esas vulgaridades tan corrientes que se dicen de máscara: «No me conoces... ¡Qué elegante estás! ¡Qué linda eres!...» y aunque ella no le hiciera el mayor caso y las cosas no pasasen de ahí... ¡por lo menos la miraría de cerca otra vez, oíría de nuevo aquella dulce voz!...

Sería precavido, obraría con toda prudencia... pero ¡no desaprovecharía la ocasión!

¡Verla, oírla una vez más!

Alentado por estas reflexiones, muy propias de un enamorado, Enrique cruzó los esplendorosos salones en busca de Silvia.

La animada turba de máscaras con sus gritos y parloteos, la música, la luz, aturdirían a nuestro tenedor de libros que a cada momento se acobardaba más. Hay que decir la verdad: lo que asustaba a Enrique ya no era la suntuosidad de aquella morada lujosa, ni la desconfianza de sí mismo. En último término, él no era tan torpe que no pudiese hilvanar ante una

dama algunas razones discretas. Así sucedería si la dama fuese una persona indiferente ; mas, tratándose de Silvia, el caso era bien distinto. Silvia era ella, la de los bellos ojos y la dulce voz de ángel, y acercarse a ella y hablarla eran cosas tan felices como emocionantes : le faltaría la serenidad, temblaría desconcertado... ¡ Oh, no hay nadie más tímido que un enamorado... y mucho más si es un joven tenedor de libros !

Paralizado por su apocamiento, Enrique se apoyó en la repisa de una chimenea. Allí parado, veía el baile sin saber ya qué hacer ni qué pensar.

Mas he aquí que, con el pretexto de recoger uno de sus rizos ante el espejo que sobre la chimenea había, Silvia, la propia Silvia, viene junto a Enrique. El corazón de nuestro amigo brincó, y si llega a tener cascabeles en las piernas, hubiese parecido que pasaba la diligencia.

—Máscara—le dijo Silvia—. ¿ Por qué no bailas ? ¿ Qué haces aquí tan solo ?

Enrique, sin fingir, sin acordarse de que

debía dar broma a Silvia, balbució, temblándole la voz :

—Señorita : una joven disfrazada de gitana me ha ordenado que me acercase a usted... y como no me atrevía...

—Ha sido necesario que sea yo quien venga a buscarle. ¡Muy bien, caballero! Para que usted se decida a saludarme al menos, será preciso que esté a punto de triturarme un automóvil.

—¡Oh señorita! Es usted demasiado generosa recordando una acción sin importancia.

—No la tendrá para usted ; para mí, haber librado la vida es asunto de bastante interés.

—Para mí—exclamó Enrique, sin poder contenerse—fué un honor y una suerte que no podía ni soñar.

—Se están fijando en nosotros—advirtió ella—. Creo que si paseásemos, confundidos con las demás parejas, podríamos hablarnos sin temor a críticas. ¡Me ofrece usted su brazo?

Para Enrique esta proposición era nada



El caballero aquel, sin más ni más, le arrancó la careta. (Pág. 20.)

menos que la realidad de sus más dorados sueños.

—¡ Oh ! ¡ Con mucho gusto !...

¿ Cuándo hubiese él, pobre empleado de un escritorio, pensado nada menos que en conducir de su brazo a una señorita de la más envidiable distinción ? Y, por si esto fuera poco, para que su ventura traspasase los límites de lo maravilloso, a Silvia, a la hermosísima Silvia, encanto de los salones, joven de educación, de costumbres irreprochables ; a Silvia, la hermosísima y elegante hija de millonarios...

Enrique iba dudando de la realidad de las cosas ; pero Silvia muy llanamente le llamó a la realidad.

—He querido procurarme esta ocasión de que hablemos, amigo Noguerras, ya que usted no se ha servido ir a mi casa, como le rogué aquel día.

—Hubiese podido juzgarse que iba en busca de una recompensa que no merezco y que estoy muy lejos de solicitar.

—Es usted muy orgulloso.

—¡ Cuánto sentiría enojarla !

—Pues sepa que me enoja mostrándose

así esquivo. Deseo serle útil no tanto por premiar su acto de heroísmo, cuanto por no ser juzgada desagradecida.

—Le juro a usted que...

—Nada de juramentos. ¿Quiere usted ser amigo mío?

—¿Cómo no he de querer?

—Pues ha de obedecerme sin chistar.

—Mándeme usted el mayor sacrificio.

—¿Tiene usted mañana por la tarde mucho que hacer?

—Por la tarde, nada. Mañana es domingo.

—Perfectamente. Pues mañana a las tres en punto de la tarde, irá usted a mi casa. ¿Sabe dónde vivo?

—Sí, pero...

—¿Qué?

—Ir yo a su casa de usted... francamente...

—Vaya, hombre, que no le morderemos. Como usted sabrá, sin duda, no tengo padre por mi desgracia. Mi madre, a quien una enfermedad tiene postrada hace años, sabe cómo usted me salvó y quiere conocerle. Me ha ordenado que le llame.

Esta estratagema de traerle a usted al baile ha sido cosa mía. Si le pongo una tarjeta llamándole a mi casa, ¿hubiera usted ido? Dígame la verdad.

—Suponiendo que me querrían hacer objeto de atenciones que no merezco, me habría excusado de ir.

—En cambio, así, hablándole yo, no me lo puede usted negar.

—No, ciertamente.

—Entonces, ¿quedamos en eso?

—Si usted se empeña...

—Lo exijo.

—Quedamos en eso.

Comprendió Enrique que debía retirarse. Ya empezaban muchos en el baile a reparar en él; ya querían muchos descubrir quién era el mortal afortunado merecedor, por parte de Silvia, de tan larga confianza. Se separó de ella, pues, aunque le pareciese que se apartaba de su propia vida.

—Hasta mañana.

¿Será necesario decir que el tenedor de libros estaba loco de contento?

Como nada tenía que hacer allí, buscó

la salida. Y cuando estaba ya en la escalera, un caballero se le acercó.

—¡Hola! ¿Te vas?

Enrique, fingiendo la voz, respondió:

—No soy quien crees. Adiós.

—¡Espera!

El caballero aquel, sin más ni más, le arrancó la careta.

Iba Enrique a pegarle, como se merecía, cuando

—¡Dispense usted!—dijo el otro—; le había confundido con un amigo íntimo.

—No estando seguro, pudo usted no permitirse...

—Le pido mil perdones, señor...

—Enrique Nogueras...

—Mil perdones, señor Nogueras.

—Está bien. Servidor de usted.

—Beso a usted la mano.

Salió Enrique. Poco acostumbrado a estas travesuras de los audaces, no exigió, siquiera, al atrevido que le dijese su nombre.

Ya en la calle, recordó que aquel mismo fué quien, al hablar Enrique con la fingi-



...usted salía de su casa. Está en traje de calle y no me lo puede negar. (Pág. 22.)

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

da gitana, no pudo disimular un gesto de extrañeza.

Y entonces sí que se arrepintió de veras de no haber averiguado de quién se trataba.

II

Al día siguiente, y a la hora convenida, ni minuto más, ni minuto menos, Enrique se dirigió a casa de Silvia.

¡Cuál no sería su sorpresa al ver que la misma Silvia en la puerta le esperaba!

¡Y qué hermosa!

—¡Bien venido! Pase, pase usted.

—No, no. Si no me equivoco, usted salía de su casa. Está en traje de calle y no me lo puede negar.

—Se equivoca, amigo mío—replicó Silvia—. Estoy, en efecto, en traje de calle porque, después, *tenemos* que salir.

—¡Oh!

—Ahora, tenga la bondad de seguirme. Obedeció Enrique, cada vez más confu-

so y desorientado. Entraron en la casa de Silvia, morada lujosa, cuyas magnificencias aumentaron su turbación, y pronto se halló en presencia de la madre de Silvia.

Esta señora no se podía mover de una butaca, amarrada allí por el reuma y por los años. No era preciso ser un médico para pronosticar que la pobre duraría muy poco.

Después de mil protestas de gratitud, la buena señora se informó detalladamente de las circunstancias de Enrique. Supo que vivía con su madre, también enferma y con una hermana; que cobraban una pensión por viudedad a causa de haber sido el padre de Enrique empleado de un banco, y con esto y el sueldo del hijo, vivían muy modestamente.

—Y a usted, hijo mío—le dijo la madre de Silvia—; ¿no le agradaría probar fortuna? ¿No querría usted ser muy rico?

—Señora: no aspiro si no a vivir honradamente.

—Honradamente se puede enriquecer. Mire: no es que le quiera regalar nada;

es que deseo pedirle un favor, acaso un sacrificio.

—Usted dirá, señora...

—Tengo allá, en América, unos negocios abandonados. Eran explotaciones muy beneficiosas que implantó mi marido. Desde que murió él, aquello anda manga por hombro. ¿Se atrevería usted a ir con poderes míos a regentar mis intereses?

—Permítame que rehuse...

—Le ruego que lo piense. Yo deseo darle una participación en las utilidades y, además, medios de que se pueda desenvolver por su cuenta. ¡Ea! Hay que buscar la riqueza. ¡Atrévase, joven!

Enrique no sabía qué hacer. Una idea luminosa había cruzado por su mente. Si él se hiciese rico... podría aspirar a la mano de Silvia. La pícara fantasía, la loca de la casa empezaba a trastornarle el juicio.

—¿Qué me dice?

—Que sí, que irá—quiso responder por él Silvia.

—Que lo pensaré, que lo consultaré con mi madre y con mi hermana...

—Muy justo ; así deben proceder los jóvenes prudentes—dijo la madre de Silvia—. Consulte usted con ellas y venga pronto a traerme una contestación.

Después de esta conversación, Silvia invitó a Enrique a que la acompañase. En el automóvil de ella fueron los dos y una señora de compañía, seria y muda como una esfinge.

—Esta tarde—dijo Silvia a Enrique—la voy a pasar con unos primos míos que viven en una residencia, cerca de aquí. Como a usted ya le he hecho separarse de sus amistades, quiero proporcionarle unas horas de agrado. Mis primos son, como nosotros, jóvenes, y tendrán un especial gusto en conocer a usted...

—¡ Por Dios !—opuso Enrique—. Le suplico que no me presente a su familia como su salvador. Créame que ni hubo tal salvamento, ni yo puedo aceptar semejante papel.

—Bien, bien—repuso ella con regocijada risa—. Le prometo no hablarle más del

lance del automóvil. ¡Sería usted capaz de no volver!

—Eso, desde luego.

—Pues no le reconozco a usted, señor mío, derecho alguno a despreciar una amistad que de tan buen grado le ofrecemos.

—Con una condición.

—Sepamos.

—Que aquí el único que debe estar agradecido, agradecidísimo, soy yo.

—¿Es condición indispensable?

—Es.

—Pues, concedido. Ahora dígame. ¿Sabe usted remar?

—Un poco.

—Guapamente. Daremos un paseo embarcados.

Llegaron en esta porfía a la residencia de los primos de Silvia. Eran éstos dos hermanos, hermano y hermana, como de la misma edad de Silvia y de Enrique, y los cuatro se entendieron inmediatamente con esa facilidad de trabar amistades que se tiene en la juventud.

La residencia de los primos de Silvia

era una gran finca, cruzada por un río sereno y caudaloso, en cuyas márgenes crecían espesas arboledas. Todo el curso del agua cristalina, espejo tembloroso, era una sucesión de paisajes bellísimos, recreo de los ojos y encanto del ánimo.

Silvia se despojó de las prendas exteriores quedando en traje blanco, elegantísima, y cambió el sombrero que traía por otro



La barca en que iban los cuatro se deslizaba suavemente sobre las tersas aguas. (Pág. 28).

de encajes que su prima le facilitó. Estaba Silvia tan hermosa que suspendía de admiración a Enrique, en cuyo pensa-

miento alborotado se repetía el famoso cuento de la lechera. Marchando él a América obtendría las ganancias prometidas que, naturalmente, por de pronto, no serían muchas. Emplearías en negocios productivos que las duplicasen; en seguida, cuando dispusiese de una cantidad respetable, emprendería por su cuenta una gran industria; compraría fábricas, terrenos, casas en Buenos Aires... Y en un par de años sería millonario, como Silvia... Y volvería y la ofrecería su amor y sus riquezas... y...

—¡ Eh... eh! Noguerras—le gritó el primo de Silvia—. Va usted distraído. ¿ No ve que tocaremos a la orilla?

La barca en que iban los cuatro se deslizaba suavemente sobre las tersas aguas.

Las dos jóvenes reían.

Enrique soñaba... soñaba...

III

En cuanto llegó a su casa, le faltó a Enrique tiempo para comunicar a su madre y a su hermana cuanto sucedía. La madre de Enrique, si no postrada como la de Silvia, tan enferma estaba. Era su mal una de esas dolencias traidoras que los médicos no aciertan dónde están y que van matando lentamente.

Llevaba la madre de Enrique una vida de incesante sufrir, sólo aliviado por los cuidados solícitos de sus dos hijos muy amantes. Al oír el relato de la intervención oportunísima de Enrique cuando el automóvil iba inminentemente a matar a Silvia, lloró de alegría la paciente y dió gracias a Dios por concederle un hijo que así exponía su vida por la del prójimo.

—¡Bien, hijo mío! Obraste bien. Yo te bendigo.

Al oír el relato de las graciosas escenas del baile, la madre de Enrique frunció el entrecejo. Aquello ya no le gustaba tanto.

—Bueno—interrumpió a Enrique su hermana—, ¿y quién era la disfrazada de gitana?

—¿Quién iba a ser? ¡ La prima de Silvia! ¡ Sí, sí! ¡ La prima de Silvia era!—repetía Enrique—. ¡ La prima de Silvia era! ¿Queréis creer que vengo de pasar la tarde con ellas dos, que he tenido a la prima de Silvia sentada frente a mí en la embarcación... y que hasta ahora, en este momento, no había caído en que ella era y no otra, la disfrazada de gitana?

—¿Pero en qué ibas pensando, hijo mío?

—No lo sé, madre. Y ahora comprendo por qué ellas dos se reían tanto.

—Sigue, hijo mío.

Acabó Enrique de relatar lo sucedido, y cuando expuso las proposiciones de partir para América que se le habían hecho, su madre, muy contristada, dijo:

—Haz lo que quieras, que yo no he de contrariar tu gusto en este caso. No creo que el hacer fortuna sea una cosa tan fácil como tú supones; pero no quiero que puedas nunca pensar que tu madre te impidió

ser millonario como sueñas. ¡Ay, hijo mío, hijo mío! Yo preferiría que fuesen menos ambiciosas tus aspiraciones. No me gusta verte así exaltado. Más juicioso, más prudente te querría yo.

—Pero, madre, ¿no voy a pasar nunca de tenedor de libros?

—Y si con ello puedes vivir modesta, pero holgadamente, ¿qué deseas más?

—¿Sabes lo que yo pienso?—dijo la hermana de Enrique.

—¿Qué?

—Que esa joven, Silvia, se ha enamorado de ti.

—¿Por qué no, madre? Enrique es un guapo mozo. Mira : yo he leído en una novela un caso parecido. Una princesa es salvada de un naufragio por un joven apuesto y gentil, pero pobre. La princesa se enamora perdidamente de él ; pero la diferencia de linajes y de fortunas hace imposible el casamiento. Entonces ella va y consigue que nombren a su salvador capitán. Capitán, él va a la guerra...

—Y gana batallas, fortunas y hasta reinos y vuelve convertido en un gran señor

y se casan y son muy felices y colorín colorado... ¿no es eso, hija mía?

—Eso es, madre.

—Pues sobre que leer esas novelas que hacen tanto daño a la imaginación de las jóvenes, es una cosa muy mal hecha que para lo sucesivo te queda prohibido, has de saber, hija de mi alma, que esas cosas no suceden nunca en la realidad.

—Y además—añadió la buena madre, disimulando cuanto pudo la gran pena que sentía—es necesario, hijo mío, que pienses una cosa : me queda poco que sufrir. Si te marchas, no me volverás a ver... y tu hermana se encontrará sola en el mundo sin amparo de nadie.

—¡No digas esas cosas, mamá!—replicó la aludida—. Enrique volverá pronto. Nosotras dos, mientras él no vuelve, podremos vivir con la pensión de viudedad que tú cobras.

—¡No con eso solo!—proclamó muy enfatuado Enrique—. Como yo llevo desde luego una colocación, os enviaré en seguida algún dinero. América es muy rica. Allí, por nada, por el servicio más insigni-



...había organizado fiestas de caridad, y hasta una vez, ella solita, dió un concierto de piano... (Pág. 37.)

ficante, le dan a uno cien o doscientos pesos.

Y abrazando a su hermana añadió :

—Es necesario que tengas una buena dote.

—Y, como estoy segura de que esa señorita se ha enamorado de ti y te casarás con ella, se logrará mi sueño dorado de entrar en el gran mundo... y ya relacionada en él... ¡quién sabe!... yo, aunque no soy guapa... ¡vamos!... me puedo presentar.

Fué en vano que la madre tratase de disuadir a aquel par de ilusos. La loca fantasía los hacía imaginar las más absurdas prosperidades...

Enrique volvió, pues, a casa de Silvia para decir a la madre de ésta que aceptaba el puesto ofrecido. Silvia le oyó su decisión con gran contento.

—Así me gustan los hombres—le dijo— decididos y ambiciosos. ¡A trabajar, a ganar muchos miles y a ver si tengo la suerte de verle pronto volver hecho un potentado!

¡Oh, cuántas esperanzas nacieron en

el corazón de Enrique al oír estas palabras! ; Tendría su hermana razón? ; Estaría Silvia enamorada de él? Nada que no fuese una leal franqueza, un sencillo y afectuoso trato, podía él deducir de las miradas y encantadoras sonrisas de Silvia. Pero esto, ; quería decir que no estuviese prendada de su salvador?

Una señorita discreta, tan bien educada y de tan cultivado trato social como Silvia, no dejaría traslucir sus sentimientos imprudentemente. ; Sí, sí, podía ser cierto, tal vez era cierto que estaba enamorada!

Y Enrique dejaba que volase su exaltada imaginación.

La madre de Silvia le dió buenos consejos, dinero para el viaje y las necesarias cartas y documentos. A todo esto añadió:

—Y diga usted a su madre y a su hermana que, en tanto usted se halla ausente, si necesitan algo, que me lo pidan con toda libertad. Y que vengan; que vengan, que tendré en conocerlas mucho gusto.

—¡Qué egoístas somos en la juventud! A Enrique, sus ilusiones le hicieron no es-



Se despidió, en fin, de su madre y de su hermana y par-
tió... (Pág. 36.)

cuchar los tristes presentimientos de su madre enferma, no conmoverse ante su dolor.

Se despidió de ella, cruel, sin fijarse siquiera en que, para darla fuerzas con que soportar los sufrimientos que aquella separación la producía, tenía la hija que darle tomas de mixtura antiespasmódica...

Se despidió, en fin, de su madre y de su hermana y partió...

IV

Pero vamos a cuentas, nos dirá en este momento el lector : Silvia, ¿ estaba en realidad enamorada de Enrique ?

¡ Ay, lector amigo ! Eso tampoco lo sabemos nosotros todavía. La misma curiosidad que tú sientes, el mismo afán en interés de Enrique, por quien los dos sentimos gran simpatía, nos obliga a vigilar estrechamente a Silvia, a ver qué es lo que hizo y le sucedió durante la ausencia

del animoso y apasionado tenedor de libros.

Silvia siguió haciendo su vida de siempre. De una parte, porque la postración de su madre así lo imponía, y de otra, por la educación moderna que había recibido, era frecuente que Silvia saliese sola, sobre todo cuando iba a sus atenciones de caridad.

Entre otras buenas cosas, la atareaba la organización de un asilo para ancianos. Del asilo, una vez edificado, se encargaría una orden religiosa : esa de las monjitas de hábito negro y tocas blancas, tan admirable.

Pero el problema estribaba en construir un buen edificio. Silvia había hecho una colecta entre sus amistades ; había organizado fiestas de caridad, y hasta una vez, ella solita, dió un concierto de piano. Gran éxito logró como pianista, justos aplausos, que era en verdad una artista Silvia ; pero lo que más le envaneció fué el resultado económico : muchos miles de pesetas para el asilo...

Hasta que el edificio de planta no se le-

vantase, Silvia, muy emprendedora, había alquilado una casa para instalarlo provisionalmente. Mas, lo que sucede : la miseria es mucha ; los pobres son millares, desgraciadamente. A los pocos días de abierto el asilo se llenó de acogidos. Y como Silvia no sabía decir a nadie que no, y admitía a cuantos llegaban, resultó bien pronto que no había modo de acomodar a tantos.

La madre de Silvia se vió en la precisión de poner coto a las larguezas de su hija.

—Te permito emplear en caridad toda la renta que te pertenece. Pero de ahí no puedes pasar. Tu patrimonio has de recibirlo tal como lo dejó tu padre y aun algo mermado, pues tengo para mí que a pesar de la actividad y excelentes condiciones de nuestro protegido, Enrique, en los negocios de América hemos de sufrir pérdidas considerables.

—¡ De modo, mamá, que no me permites anticipar, de mi capital, lo necesario para concluir las obras del asilo nuevo ?

Te advierto que, según el arquitecto me dice, bastaría con unos doce mil duros.

—Aunque eres rica, hija mía, me veo en el caso de negarte esa cantidad. Lo siento mucho, pero no hago más que cumplir con mi deber.

—¡Pero, mamá!...

—Puedes estar tranquila, hija. Das lo que puedes. Si los demás hiciesen lo mismo, no habría pobres.

En vista de la negativa de su madre, Silvia no sabía ya cómo componérselas para dar cima a su empresa.

Las peticiones de admisión de asilados, la abrumaban.

Por no dejarlos en el arroyo, implorando la pública caridad, recibía a cuantos acudían, principalmente si eran viejas impedidas. ¡Como su madre lo estaba, no podía ver con serenidad que otras, aquejadas del mismo padecimiento, estuviesen sin amparo!

Y así sucedía que en la casa alquilada para asilo provisional, no se veían más que septuagenarias perláticas, tullidas, gotosas, ocupándolo todo. Las había en

todas las salas, en los sillones, en el recibimiento...

Hasta en los pasillos solían verse abuelitas acurrucadas, hechas un ovillo, durmiendo como podían o velando quejumbrosas.

Era así un dolor entrar en el asilo provisional. Silvia, que había hecho cosa suya la empresa de acabar el edificio nuevo, no hacía más que cavilar de qué nuevo arbitrio se valdría para conseguirlo.

Sus medios estaban agotados y no podía intentar nuevos sorteos de baratijas, nuevas tómbolas o funciones de teatro...

—¿Qué hacer?

Desesperaba ya de ver coronado su empeño, cuando el arquitecto director de las obras, la buscó una mañana en el asilo provisional para decirla:

—¡Anímese! Tenemos el dinero que nos falta.

—¡Ah, sí! La Virgen me ha oído. A alguien le ha tocado en el corazón.

—¿A que no adivina usted a quién?

—Si usted no me lo dice...

—Echese a pensar.

—Por favor, ¡ no me martirice!

—Pues al marqués de Lucendo.

—¡ Al marqués de Lucendo! ¡ A Carlos Lucendo? ¡ No lo creo! ¡ Si es un hombre a quien mi prima, después de un trabajo ímprobo, solo pudo sacarle diez duros en la fiesta de la flor!

—¡ Eso qué importa? Su prima no es usted.

—Es más decidida que yo.

—Con todo y con eso.

—En fin... ¡ sea! No debemos meternos a juzgar el por qué de las buenas acciones. El caso es que Carlos Lucendo nos da los doce mil duros que faltan.

—Así es.

—¡ Que contenta estoy! ¡ Mis pobres viejecitas van a tener pronto casa! ¡ Qué bien! ¡ Qué bien!... ¡ Gracias, Dios mío!

—En primer término—dijo el arquitecto—es lo justo darle gracias a Dios; pero en segundo lugar, no estaría de más que se las diese usted también a Carlos.

—¡ Con muchísimo gusto!

—En el vestíbulo espera ser recibido.

—¡ Aquí? Voy a recibirle aquí, entre

tanto harapo, entre tanta pobreza, entre tanta vieja inválida.

—¡ Mejor que un real palacio! Así verá el marqués cuán urgente era su rasgo de generosidad.

—Bueno... dígale usted que pase...

Al marqués de Lucendo, Carlos Lucendo, lo vas a reconocer en seguida, querido lector. ¡ Recuerdas que en cierto baile de máscaras un caballero no supo disimular su disgusto porque la prima de Silvia, vestida de gitana, dió un recado a Enrique?

¡ Recuerdas que aquella misma noche ese caballero vió a otro que disfrazado con un dominó negro hablaba con Silvia, y que por saber quién era, salió a su encuentro en la escalera del palacio y le arrancó audazmente la careta?

Pues ese mismo era el marqués de Lucendo.

No se necesita ser muy avisado, con estos antecedentes, para adivinar que Carlos Lucendo pretendía la mano de Silvia, que la estaba haciendo el amor, como vulgarmente se dice.

Silvia, al verlo llegar, le tendió sus dos manos.

—¡ Me hace usted feliz, amigo mío, con su espléndida donación !

Carlos, reteniendo las manos de Silvia, respondió :

—No deseo otra cosa que hacerla feliz a usted.

V

Lo restante es fácil de adivinar. A Silvia no podía por menos de agradarla un hombre joven, guapo, ilustre, con una corona de marqués...

A los pocos meses los periódicos, en sus notas de sociedad, anunciaban el próximo enlace de la encantadora señorita Silvia Jiménez con el linajudo y opulento aristócrata señor marqués de Lucendo.

«Luego—dirá el lector—, ¿ Silvia había olvidado a Enrique ?»

¡ Nada de eso ! Le recordaba, le quería bien y se proponía seguirle protegiendo.

Lo que había sucedido fué que ella, agradecida al arrojado joven que la salvó del atropello, quiso, pues era rica, redimirlo de penurias ofreciéndole un buen empleo, un brillante porvenir. Y como Silvia era tan afable, como tenía aquel trato tan cariñoso, como su sonrisa de ángel encantaba... Enrique por sí mismo, y alentado por su hermana después, había fabricado en el aire un castillo.

¿Es que una señorita hermosa y rica no puede mostrarse afectuosa, no puede tomar cariño a una persona si no es por amor?

Silvia no estuvo ni un instante enamorada de Enrique. ¿Qué culpa tenía ella de que él se hubiese forjado tan locas ilusiones?

¡Cómo cayó en casa de Enrique la noticia de la boda de Silvia con el marqués!

La hermana de Enrique estaba conster-nada.

La madre repetía :

—¡ No me quisisteis hacer caso !...

La hermana desengañada escribió a Enrique una carta que decía así :



Carlos, reteniendo las manos de Silvia, respondió:
—No deseo otra cosa que hacerla feliz a usted. (Página 43.)

«Querido Enrique : esa mujer a quien salvaste la vida, a quien adoras, nos ha resultado voluble como una mariposa. Te ha olvidado.

»Acabo de leer en un periódico que se casa con el marqués de Lucendo.

»Olvídala tú también y no te amilanes al recibir esta noticia. Tú eres un hombre de porvenir y no te han de faltar ocasiones de hacer una buena boda.

»Cuando recibas esta carta, probablemente ya estará casada Silvia. No pienses más en ella.

»Ahí, en América, acaso te sobren a ti, tan guapo, millonarias. Mira si le puedes salvar la vida a alguna otra de más firmeza que ésta.

»Mamá mejora algo. Gracias al dinero que nos envías he podido hacer que la vean médicos buenos y se la ha puesto un régimen.

»La madre de Silvia nos envía frecuentes recados y obsequios y nos dice que está muy satisfecha de tus servicios. Yo creo que por ella te hubieses casado con su hija ; pero la hija es, por lo visto, am-

biciosa, y ha preferido ser marquesa. Más modesta que ella, su madre te hubiese aceptado a ti. La pobre señora está cada día peor y no es fácil que viva mucho. Parece que van a apresurar la boda por temor a encontrarse con el luto...

»Te repito que no te amilanes. Trabaja y ahorra mucho para que puedas venir pronto, que nuestra madre, aunque ya te digo que está mejor, no te puede esperar mucho tiempo. Adiós, hermano mío. Siento no estar a tu lado para ayudarte a sobrellevar el disgusto que te habrá de causar la noticia que te doy.

»Mucho ánimo.

»Te envía mil besos tu hermana,

»EUGENIA.»

A Enrique esta carta le produjo el efecto de un mazazo en los sesos. Creyó volverse loco de desesperación. ¡Todas sus ilusiones, todos sus sueños habían caído por tierra!... ¡Adiós amores novelescos de la dama salvada y su salvador! ¡Adiós sus proyectos de ambición! Ya no tendría

automóviles, ni sortijas con brillantes gordos como nueces...

El despecho le sugería falsos motivos para acusar a Silvia de inconstancias, de volubilidades imaginarias. Bien claro se ha visto que Silvia no hizo si no querer recompensarle su buena acción. Pues, Enrique se creía nada menos, con derechos a casarse con ella. ¡ En qué se fundaba ? En la pícara fantasía, en la vanidad insensata, en nada más.

Sin tomarse el trabajo ni el tiempo necesario, para reflexionar cuerdamente, cogió la pluma y escribió a Silvia una carta muy cursi y muy insolente como puede verse por su copia que va a continuación :

«Ingrata y cruel Silvia : ¡ qué os hizo el alma mía, tornadiza cuan bella amada, para que así la matéis sin duelo con vuestro desvío ? ¡ Por qué ¡ oh fascinadora y pérfida hermosa ! dejasteis prenderse en mi corazón la llama del amor que cual incendio me devora y quema, si después habíais de despreciar al humilde amante por



—El señor la espera— dijo escuetamente el criado. (Pág. 53.)

la vana pompa de una corona de marquesa?

»Herido me habéis de muerte, impía y desamorada enemiga. Por vos falleceré languideciendo como lámpara sin aceite.

»Mas no seréis feliz, porque mi dolor, el recuerdo del mal que me hicisteis, será como una nube que empañe y entenebrezca vuestra vida...

»Adiós, vuestro desesperado,

»ENRIQUE.»

Puso en el correo esta carta, y como los correos desde América a España tardan mucho, cuando la carta llegó a su destino habían sucedido dos cosas.

La primera, que Silvia se había casado.

La segunda, que la madre de Silvia había muerto.

Ignorante de estas cosas que tanto habían de influir en su destino, Enrique se pasaba las noches soñando.

Soñaba que Silvia se iba a casar; que estaba ya vestida para la ceremonia, y que él, volando su espíritu, cruzaba los

mares en un momento y llegaba y se le aparecía a la novia como un fantasma. Y la decía :

—¿ Adónde vas, pérfida ? ¿ Me habías olvidado ?

Y ella, asustada, le pedía perdón y...

Nunca pasaba de ahí el sueño. Despertaba Enrique y la realidad le decía que no se cruzan los mares con el pensamiento, ni hay tales apariciones ni majaderías.

Muy al revés de tales fantasías estaban sucediendo las cosas en España. Silvia, ya marquesa de Lucendo, era feliz con su marido.

Llegó la carta de Enrique y la recibió el marqués. Aunque el marqués respetaba la correspondencia de su esposa, al ver que la carta aquella venía de América y más conociendo por las cuentas de que se había hecho cargo, la letra de Enrique, como administrador, abrió aquella carta.

Puedes imaginarte, lector, las cosas que se le ocurrirían al marqués de Lucendo al ver que un desconocido le escribía en aquellos términos a su mujer.



Y ella, asustada, le pedía perdón y... (Pág. 50.)

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Cogió la carta, se la dió a un criado y le dijo :

—Dígale a la señora que lea esa misiva y que tenga la bondad de venir al despacho una vez que se haya enterado de ella.

Silvia, al recibir un recado así de su marido, que por primera vez se dirigía a ella por mediación de la servidumbre, se asustó mucho.

Y cuando leyó las simplezas que Enrique la decía, se enojó de veras.

¿ Habríase visto botarate como aquél ?
¿ Qué motivos le había dado ella para semejantes pretensiones y desplantes ?

¿ Qué podría pensar el marqués de ella ?

Esta idea la consternó. El marqués podría pensar que, pues Enrique se atrevía a dirigirse a ella en tales términos, algo debía haber mediado entre los dos ; llegaría el marqués, encendido de celos, a suponer que ella le había ocultado algo reprobable de su juventud. Dejaría de estimarla, la acusaría de embustera, de coqueta...

Silvia rompió a llorar desconsolada. En plena luna de miel la estúpida impruden-

cia de un pretencioso, venía a destruir su felicidad.

Véase cómo las fatuidades de Enrique en pago al bien que de Silvia recibiera, la proporcionaban un tremendo disgusto, la desgracia para siempre, tal vez.

¿Qué hacer? ¿Cómo justificarse?

Ahora se descubriría su inocente travesura de la noche del baile de máscaras. El marqués, que no dejaría de observar a Enrique, fundamentaría en aquella acción tan sin importancia, un cúmulo de suposiciones; las apariencias acusaríanla, a Silvia, cuando menos de coqueta... ¡ Creería el marqués que había sido novia de Enrique! ¡ La juzgaría falsa y vana, capaz de jugar así con cosa tan sagrada como su fama y recato!

—¡ Oh Dios mío! ¡ Dios mío!—lloraba desconsolada—. ¡ Yo sólo quise hacer el bien!... ¡ Piedad, Dios mío!

Un segundo recado le llegó de su marido:

—El señor la espera—dijo escuetamente el criado.

Silvia no tuvo más remedio que acudir al grave llamamiento.

Mas en el breve espacio que mediaba desde sus habitaciones al despacho de su marido, el ánimo de Silvia cambió completamente. Antes, en los primeros momentos, sus ideas eran desoladoras: la asustaba, la acobardaba el temor al grandísimo disgusto que aquella imprudente carta la habría de ocasionar; la anonadaba calcular los pensamientos, las sospechas que en la mente de su marido harían germinar las temerarias e infundadas palabras de Enrique. Pero ahora, ante el desconsiderado modo de llamarla del marqués, despertó su orgullo, brotó la justa indignación que en las personas limpias de pecado producen las falsas acusaciones.

¿Qué se había creído el marqués? ¿Que ella era una casquivana cualquiera capaz de haber motivado con sus coqueteos las amargas quejas de Enrique? Pues ella le haría comprender al desatento que su mujer merecía todos los respetos y consideraciones. ¡No faltaba más!

Así Silvia, espoleada por el orgullo y la soberbia, casi dominada por la ira, llegó al despacho del marqués.

Entre personas bien educadas, estas escenas graves suelen desarrollarse fríamente; se dicen con templanza cualesquiera cosas que se tengan que decir por serias que sean. Bien sabemos que Silvia y su marido pertenecían a la clase social que más guarda las buenas formas. Sin embargo, en aquella ocasión, ambos perdieron, como suele decirse, los estribos

—No sé—dijo ella—con qué autorización abriste una carta que venía dirigida a mí.

—Con la que tiene todo esposo para conocer la conducta de su mujer—respondió él, dando un puñetazo en el bufete.

—Es así que me supones capaz de acciones reprochables.

—Explicame cómo alguien ha podido osar escribirte esa carta.

—Yo no puedo atarle las manos a cualquiera que con pluma y papel a la mano, quiera escribir todas las tonterías que se le ocurran.

—Estamos de acuerdo; pero si la persona que escribe esas tonterías es protegido tuyo...

—Mi deber era proteger a quien me libró de un serio percance.

—Perfectamente; mas no creo que la gratitud te obligase a procurar al mequetrefe invitaciones para fiestas de sociedad, ni a distinguirlo en ellas con particulares atenciones.

—Acabas de proferir una ofensa.

—No está en mi ánimo ofenderte. Simplemente hago de los hechos, que no puedes negar, los comentarios naturales.

—No puedo admitir que así me trates.

—Ni yo, que te niegues a darme mayores explicaciones.

—Mi pundonor me priva de descender a ello.

—El mío lo exige.

—No toleraré faltas de respeto.

—Ni yo ninguna otra clase de faltas.

—¡Mira lo que dices!

—Está dicho.

—Adiós.

Salió Silvia del despacho de su marido,



—Con la que tiene todo esposo para conocer la conducta de su mujer—respondió él, dando un puñetazo en el bufete. (Pág. 55.)

furiosa. No menos encolerizado quedó él.

En cuanto estuvo solo, le puso a Enrique un cablegrama que decía :

«Como representante legal de mi mujer destituyo a usted del cargo de administrador. Ríndame cuentas inmediatamente.

»Marqués de Lucendo.»

De este modo la felicidad y la paz del hogar de Silvia huyeron para no volver.

La felicidad es delicada e inquieta como una mariposa. Cualquier ruido la espanta, cualquier desagrado la ahuyenta.

Silvia y su marido se trataron de allí en adelante con esa cortesía ceremoniosa y cumplida, con esa fría etiqueta que en el fondo es tan tristemente amarga.

Se conducían entre sí como en visita, como si en lugar de marido y mujer, fuesen dos amigos, cuyas relaciones se deslizasen en el mayor cumplido.

Silvia era, pues, muy desgraciada. El marqués, no encontrando en su casa

aquella alegría santa que anima los hogares en donde no ha entrado la desconfianza ni el rencor, buscaba fuera de su domicilio las distracciones; se aficionaba al club, se iba enviciando en el juego...

VI

El cablegrama de cesantía fué para Enrique un golpe grave. Ya habíanse desvanecido, como el humo, sus ilusiones amorosas. Ahora caían aplastadas sus ambiciones de riqueza.

Dejar aquel destino tan lucrativo y cómodo y los buenos negocios que a la sombra del destino estaba planeando, era cortarle las alas cuando se iba a lanzar a volar.

Allí en América, solo, sin tener a quien comunicarle sus penas, sufrió el iluso Enrique, la primera parte del castigo a su vanidad.

Los subordinados, a quienes él había estrechado, evitando abusos y desórde-

nes, al saberle destituido le faltaban al respeto sin recato alguno.

Los arrendatarios a quienes cobró atrasos y obligó a pagar puntualmente, le insultaban.

Se embarcó sin que nadie fuese a despedirle, sin estrechar una mano amiga al dejar la tierra americana adonde fué con tantas esperanzas de riqueza, de gloria y de amor...

No era solo motivo bastante. Para que hiciese la travesía con mayores angustias y zozobras, al momento de embarcar le llegó de su hermana un parte terriblemente escueto y breve.

«Madre está peor. Convendría que vinieses.»

Comprendió Enrique lo que habría sucedido: al recibir el enorme disgusto de saber a su hijo despreciado y cesante, la pobre señora, que ya venía tan enferma, habría sufrido una agravación peligrosa. Acaso estaba en riesgo de morir; acaso no llegaría a verla viva...

Durante los quince días que duró la travesía interminable, atormentaron a Enrique estos fatídicos presentimientos.

El, él solo, por vanidoso, por presuntuoso, había acelerado la muerte de su buena madre.

Recordaba con melancolía aquel tiempo de dulce paz, de tranquila alegría: cuando él era modesto tenedor de libros y vivía en la calma humilde y honrada de su casa, aliviando los dolores de la madre enferma, al lado de la hermana honesta y laboriosa.

¡ Ah ! ¡ Por qué el diablo de la vanidad le había tentado ? ¡ Por qué acudió a aquel baile de máscaras, fiesta diabólica, de la cual no podía salir nada bueno ?

— ¡ Qué remedio poner ahora a tanto daño ?

En la casa de banca de donde él fué tenedor de libros, le habían ya substituído por otro.

Al regresar a España iba a encontrarse sin empleo, sin alegría, sin pan, sin madre tal vez.

Mientras así se atormentaba, el barco iba sobre las ondas cabeceando.

Y solo se veía en el horizonte el doble infinito del cielo y del mar.

Después de estas dos semanas de angustia, Enrique pisó el suelo de la patria. Como venía temiendo, su madre se hallaba en extrema gravedad. Postrada se hallaba y dolorida.

Como era tan buena, no tuvo para su hijo ni un reproche.

Después de esta impresión, Enrique volvió a su monomanía de enamorado.

Quería ver a Silvia.

—¡ Verla! ¡ Verla y morir!—decía, como decir suelen los tenores de ópera...

Obstinado en verla, obró mal de nuevo. Como ningún título tenía para presentarse en la casa del marqués, como seguramente no le habrían recibido, se introdujo en la vivienda a escondidas, como un ladrón...

Hubo de conseguir su intento en ocasión bien triste. Silvia acababa de tener un disgusto más con su marido; él la había dejado después de increparla dura-



Enrique la miró un momento y salió de allí, como había entrado, sin que nadie le viese... (Pág. 64.)

mente ; ella, después de llorar varias horas, cayó rendida en el lecho y dormía...

Así la pudo ver, llegando hasta la alcoba, como un ratero ; la pudo contemplar un momento, dormida. Lágrimas recientes escaldaban sus mejillas y el gesto de dolor quedó en su rostro y continuaba después. Acaso soñaba en su misma desgracia...

Enrique la miró un momento y salió de allí, como había entrado, sin que nadie le viese, y llevándose destrozado el corazón.

VII

A los pocos días de suceder lo que en el capítulo anterior se cuenta, falleció la madre de Enrique.

Murió como una santa.

Cuando comprendió que se acercaba su fin, llamó a sus hijos y les habló de esta manera :

—Hijos míos : la vanidad es pecado que



Los campesinos que acudieron al ver cómo rodaba por el terraplén un coche... (Pág. 71.)

conduce a las desgracias mayores. Nadie debe aspirar a más fortuna que aquélla que Dios concede cuando se trabaja honrada y perseverantemente. Los cambios de posición repentinos no son sino dañinas invenciones de malos novelistas para deslumbrar a los ignorantes. Vosotros habéis sufrido las consecuencias de ese pecado de fantasear fiados en la suerte. La suerte mejor es la del que vive de su trabajo sin aventuras ni quimeras.

—Además, a vosotros—siguió la buena madre de Enrique—, a vosotros, digo, os ha hecho gran daño otra pasión funesta : la pasión del lujo. La pasión del lujo arrastra a la miseria y a veces al deshonor a muchas gentes que serían buenas. Creo que este desengaño os servirá de escarmiento. En lo sucesivo seréis humildes, precavidos, económicos y nada soñadores. Trabajad : trabajad, que sois jóvenes, y con el trabajo nada os faltará para vivir. ¡ Adiós, hijos míos ! ¡ Os bendigo !...

Y voló su alma... seguramente al Cielo, como su conducta ejemplar merecía

Al hallarse huérfanos y solos, los dos hermanos se abrazaron llorando.

¡ El mundo entero se les venía encima !

Después de los primeros momentos de consternación, de atontamiento, se dieron a pensar qué harían para poder vivir.

Tarde, como sucede siempre, se arrepintieron de sus anteriores embelecamientos. Se redujeron a la humildad y modestia que eran propias de su condición de huérfanos desvalidos.

Y, en un momento de contrición, los dos hermanos escribieron a Silvia.

Confesaban en la carta que sin que Silvia hubiese dado para ello ni el menor pretexto, sin que ningún acto de ella lo justificase remotamente, sólo la desatentada y loca vanidad de Enrique y la no menor insensatez de su hermana habíanles hecho a ambos concebir las engañosas ilusiones de suponer, nada menos, que Silvia se hubiese enamorado de quien carecía de todo título para ello. Porque acudir en auxilio de una persona a quien vemos en riesgo de ser atropellada por un automóvil, no es acción extraordinaria :

cualquiera obra como obró Enrique en tal ocasión y no merece el hecho si no la satisfacción íntima en quien lo ejecutó, de haber cumplido con su deber.

Pedíanla, en fin, mil perdones y la rogaban que no les guardase rencor.

Es de suponer el efecto que esta sincera carta produjo en el ánimo del marqués. Vió en ella, claramente, que todas sus sospechas fueron injustificadas, que la conducta de su mujer era irreprochable y que no tenía motivo racional para seguir enojado con ella.

Fué, pues, a buscarla y le dijo :

—Silvia : el que te libró de ser perni-quebrada por un auto, ha hecho ahora algo mucho más meritorio. ¡ Hoy sí que le debemos gratitud !

—¿ Qué hizo ese desgraciado ?

—Salvar algo que vale tanto como tu vida.

—¿ Qué ?

—Tu tranquilidad, y si me perdonas mis arrebatos, algo más grande.

—¿ Qué ?

—Nuestra felicidad.

—Pues, ¿qué hizo? ¿qué hizo?

—Toma y lee.

Leyó Silvia la carta.

—¿Estás ahora convencido —dijo— de que no tenías razón?

—¡Oh, sí!

—¿No volverás a ofenderme otra vez, poniendo en duda mi discreción, mi lealtad?

—¡Oh, nunca más! ¡Lo juro!

—Entonces...

—¿Qué?—preguntó él con ansiedad.

—¡Te perdono!

Se reconciliaron los esposos y volvió a lucir esplendorosa en aquella casa la luz de una dicha completa.

Era como volver a una segunda, más serena, más hermosa luna de miel.

Eran felices.

Al fin, suceda lo que suceda, es seguro el triunfo de la inocencia y de la virtud.

Para celebrar su reconciliación, el marqués propuso a su mujer:

—¿Y si nos fuésemos una temporada al campo.

—¡Sí, sí!



Uno de los caballos puso un pie en vago. (Pág. 70.)

—Mañana nos vamos. Prepara tú lo necesario. Iremos en el *breack*, llevaremos el tronco de caballos recién domados y tú los guiarás.

—¡Sí, sí! Me encanta guiar un tronco de caballos de viva sangre. Por mucho que se perfeccionen los automóviles, no podrán hacer que desmerezca la belleza de un carruaje arrastrado por dos nerviosos y nobles corceles, que al trotar llevan por delante una alegría insustituible...

—Pues bien, mañana partimos.

Partieron, en efecto, al día siguiente, mas no fué su viaje tan venturoso como se prometían.

Un accidente vino a truncar su felicidad apenas recuperada.

Los caballos eran fuertes, ágiles y jóvenes; se encabritaban con frecuencia y solían espantarse de cualquier cosa.

En una vuelta del camino, no tomaron bien la curva.

Fueron al talud de la carretera.

Uno de los caballos puso un pie en vago. Cayó.

Cayó el otro y el coche...

VIII

Los campesinos que acudieron al ver cómo rodaba por el terraplén un coche, como se hacía astillas, al oír los gritos de horror de Silvia y de su marido, creyeron que los encontrarían muertos.

Muerta parecía Silvia, inmóvil, privada de conocimiento por una conmoción cerebral.

Su marido tenía fracturadas las dos piernas.

El vuelco produjo, pues, muy graves consecuencias.

Conducidos el marqués y su mujer a una casa de campo próxima, se avisaron médicos.

Los médicos lograron evitar que muriesen los viajeros.

Silvia, pasada la congestión, pudo irse restableciendo.

El marqués, que al principio parecía el

menos grave de los dos, fué el más desgraciado.

Fué preciso amputarle las dos piernas.

Además quedó con una lesión en la médula.

Moriría después de sufrir tremendamente.

En cuanto pudo valerse, Silvia se consagró al cuidado de su marido.

Lo atendía con incesante solicitud.

Le hacía ir soportando aquella agonía lenta, terrible...

Un día se vió claramente que el marqués iba a morir.

No obstante su debilidad gritaba al ser vestido y sentado en una butaca.

Con la barba que le creció, descuidado el aliño de su persona, parecía mucho más viejo.

Aquel día Silvia trató en vano de hacerle comer.

Se extinguía dolorosa y terriblemente.

Y dijo :

— ¡ Mujer mía : esto se va a concluir !

— ¡ Oh, por Dios, no lo digas !

— ¡ Qué adelantaría con no ver que vie-



Mira, hasta creo que podré comer un poco. (Pág. 75.)

ne el momento? Viene el momento de dar cuenta a Dios de mis pecados. Mañana pediré confesión. Pero antes quiero remediar, si es posible, un daño que hizo mi ofuscación.

—Tú no has hecho daño a nadie.

—Sí: a Enrique. El cumplía honradamente el cargo que tu madre le había confiado. No debí despedirle.

—Tú obraste bien por su imprudencia.

—De todos modos, quiero recompensarle.

—Como gustes.

—Cuando yo haya fallecido, tú le darás a Enrique, de mis bienes, una porción bastante para que puedan vivir él y su hermana holgadamente... Y además...

—Además, ¿qué?

—Además, puesto que él te quiso y te quiere, como creo que te hará feliz... si tú crees que lo merece...

—¿Qué?

—Casarte con él.

—¡Oh, oh!... ¡Qué cosas dices!

—Digo lo que siento cuando me voy del mundo.

—Pero...

—No hablemos de ello más. El haberte hecho esos encargos me ha quitado un peso de encima. Mira, hasta creo que podré comer un poco.

IX

En el mismo cementerio, no lejos uno de otro, yacen la madre de Enrique y el marqués de Lucendo.

Ha pasado un año.



Pero Enrique, antes de realizar su sueño, va al cementerio y medita. (Pág. 76).

Enrique va a casarse pronto con la viuda del marqués.

El sueño se realiza.

Pero Enrique, antes de realizar su sueño, va al cementerio y medita.

¡Qué cara cuesta siempre la felicidad!
Medita, medita Enrique y... reza.

¡Qué hará para merecer tanto? ¡Cómo se hará digno de tanta suerte?

Cree oír una voz :

—Haz todo el bien que puedas...

FIN



BIBLIOTECA SELECTA

Los volúmenes de esta biblioteca, magníficamente ilustrados con numerosas ilustraciones en negro y cuatro cromotipias, pueden distribuirse como premios en los colegios de niños, tanto por su baturatura, por el lujo de la impresión, belleza de los grabados en negro y en colores y la bonita encuadernación, como por lo sano e instructivo de su lectura.

VOLÚMENES PUBLICADOS

- | | |
|-------------------------------------|---|
| 1. El molino de los Pájaros. | 24. Un drama en los aires. |
| 2. Corazones dormidos. | 25. Por mentir. |
| 3. Flores de juventud. | 26. Rosina. |
| 4. La vanidosa Alicia. | 27. Baquito el explorador. |
| 5. El espadachín. | 28. Desconocida aventura de Teresa Panza. |
| 6. El heredero. | 29. El Angel. |
| 7. La fuerza del bien. | 30. Ib y Cristina. |
| 8. El sueño de Pepito. | 31. El último sueño del noble. |
| 9. Juegos y hazañas de animales. | 32. El cofre volador. |
| 10. Cuentos de Andersen (tomo 1.º). | 33. El tío «cierra el ojo». |
| 11. Cuentos de Andersen (tomo 2.º). | 34. La virtud del borrico. |
| 12. La cabaña del tío Tom. | 35. Fábulas de Iriarte. |
| 13. Robinsón. | 36. En otros tiempos. |
| 14. El teatro de los animales. | 37. La campana. |
| 15. Verdades y fantasías. | 38. Los forzadores del bloqueo. |
| 16. Mimos de niña. | 39. Una ciudad flotante (primera parte). |
| 17. El instinto de los animales. | 40. Una ciudad flotante (segunda parte). |
| 18. El amor y la guerra. | 41. Miguel Strogoff (1.ª parte). |
| 19. El premio gordo. | 42. Miguel Strogoff (2.ª parte). |
| 20. Un ministerio de animales. | 43. Las Indias negras (1.ª parte). |
| 21. La pícara vanidad. | 44. Las Indias negras (2.ª parte). |
| 22. Un Charlot del mundo animal. | 45. El rigor de las desdichas. |
| 23. Un experimento del doctor Ox. | 46. Los huevos de Pascua. |
| | 47. La guirnalda de flores. |
| | 48. La paloma. |